

—La hermosa de que nos ha hablado Caylus vive en un país montañoso cerca de Royat.. Es Aubignac... Ya veré, ya veré lo que hay por allí cuando vaya á dar una vueltecita por Auvernia.

Y la hermosa Olimpia observó:

—Ya sabes, querido, hablo de esa belleza que ha encontrado Caylus.

El barón fingió no acordarse.

—¿De qué belleza?—preguntó.

—La hija del jardinero.

—¡Ah, sí!

—Pues bien, el cojito está enamorado de ella.

—¡Bah!

—Pero perdidamente.

—¡Quiá!

—Está bien. Los hombres no notan nada. ¡Ya lo veremos! Volveremos á hablar de ella algún día.

Y se arrimó aún más á su amante.

—No sentiria en este mundo más que perderte.

El se encogió de hombros.

—¡Yo no temo nada!...

Y parodiando una frase célebre:

—Si no es Mazas que se me venga encima.

Y añadió:

—Pero no lo temo. Decididamente los Grumbach son unos hombres muy sabios.

Al amanecer el carruaje depositó á la enamorada pareja á la puerta de una excelente casa de la avenida de Víctor Hugo.

Habian llegado.

Allí era donde vivia Olimpia, que era la querida del barón Máximo Saint-Aubin Des-

chaumes, después de haberlo sido de otros muchos que no valian tanto como él, y le tenía un afecto grandísimo, porque comprendía que sería el último.

—¿Pero por qué se extrañaba de la serenidad de su amante? ¿Y por qué el barón, rico en apariencia por lo menos, acogido cariñosamente en todas partes, miembro de varios círculos, habia hablado de Mazas?

## II

### En familia.

Los Chavarux no estaban contentos. Amaban al difunto marqués de Caylus todo cuanto ellos podian amar á alguien ó á algo, exceptuando el dinero.

Y si le querian era por una razón. El marqués era un amo al cual no veían apenas.

No habia ido quizás diez veces á Aubignac desde los cincuenta años que contaba y solo para cerciorarse de que las paredes del castillo estaban aún en pie y que no habia goteras en los techos, y en cada visita estaba diez minutos y desaparecía.

Era discreto y encantador.

El guarda cazaba por su cuenta. Chavarux sembraba por la suya.

Ellos eran los verdaderos dueños de la casa.

Aubignac era para ellos.

Y hé aquí que el señor de Caylus, el nuevo dueño decia: «Volveré pronto», y que parecia querer sentar allí sus reales.

Y en efecto, habia mandado criados de Paris, una mujer, el cochero, un jefe de cocina y

una pincha, y toda esta gente trabajaba para poner la casa en orden.

Aquello era insoportable; algo así como una invasión de los bárbaros ó de gentes armadas en un país pacífico y próspero.

Claudia había contestado á las palabras del joven: «Volveré pronto», con estas demasiado enérgicas: «Será tarde».

Pero ella se entendía.

No era únicamente la posesión de los terrenos del castillo lo que la preocupaba. Había allí otro tesoro que ella tenía interés en no dejar escapar.

Y este tesoro era aquella niña, que era ya mujer, que ella había criado, á la cual debía su fortuna.

La palabra era exacta.

Desde la llegada al país de aquella niña desconocida, los protegidos del señor Pilet habían prosperado de una manera notable. No puede uno formarse una idea del efecto que puede producir una suma de mil doscientos francos al año en un matrimonio como el de los Chavarux, que ya no carecía de nada.

El marido tenía un salario como jardinero y la mujer como portera tenía además leña para calentarse, toda la que necesitaban, legumbres para alimentarse, huevos, aves de corral y una infinidad de beneficios ignorados por los parisienses que viven encerrados en sus cuartos de cincuenta metros cuadrados.

Los gastos hechos por la extranjera se habían reducido á la adquisición de dos cabras que corrían por el parque y que engordaban sin que á sus dueños les costasen ni un solo céntimo.

Todo era, pues, utilidad.

Y en lontananza creían ver mayores utilidades.

Según opinaba el hijo de Claudia, los padres de la niña se presentarían algún día y entonces se les podría exigir cuanto se quisiese.

¿Cómo dudar que aquellos padres eran ricos?

Unas gentes que encargaban á un notario como el señor Pilet de cuidar de su progenitura, que pagaban sin regatear doce hermosos billetes de cien francos todos los años, una canastilla magnífica y la pensión del convento.

Así es que los Chavarux habían cuidado á la muchacha como á la gallina de los huevos de oro.

Y sabe Dios los proyectos y las esperanzas que fundaban en ella para el porvenir.

Algunos días despues de la pequeña fiesta que el barón Máximo había ofrecido á sus amigos en la plaza de la Magdalena, estaban reunidos los Chavarux, la mujer y el marido, en la cocina de su casa á la hora de almorzar.

Tocaban al *ángelus* en la pequeña iglesia de Aubignac, que se hallaba á un cuarto de legua más allá del parque.

—El viento cambia al Oeste — dijo Chavarux. — No hay necesidad de regar, lloverá; trabajo ahorrado.

Claudia freía unos huevos.

De repente preguntó á su marido:

—¿Dónde está Aurora?

El contestó:

—No sé... Andará dando vueltas de un lado para otro.

—¿No la encuentras muy cambiada Juan?

Su marido la contestó con tono de mal humor:

—No... No me he fijado... Tengo mucho que hacer para ocuparme de esas cosas... Con las gente que han venido... esto es un robo... Son muy exigentes... Lo cogen todo... Y ahora que los amos se van á instalar aquí, habrá que trabajar de lo lindo... Lo más acertado será marcharnos... Y la verdad es que es una lastima es un buen empleo...

Claudia más razonable dijo:

—No podemos sin embargo impedir á nuestro joven amo que venga á su casa.

Chavarux cruzó las enormes brazos sobre su pecho con aspecto feroz.

¡Si el encontrase un medio!

Pero no lo había.

Su mujer colocó los huevos en la mesa.

La antigua criada del notario tenia al menos una virtud, la limpieza.

Todo relucia en la casa.

—¿Quieres almorzar?— le dijo.

No había cambiado mucho.

Seguía siendo la campesina, lista, fuerte y redonda, de cuello sólido, de abultado pecho, de morena piel de siempre.

Era la dueña de la casa.

Se veía á primera vista.

Chavarux era un cero á la izquierda por más que ella le rodeaba de toda clase de cuidados.

Sin ser muy grueso, no dejaba de tener alguna corpulencia, sus rasgos habían engordado, llenado inflado, se había dejado la barba que ya blanqueaba y que le cubría las tres cuartas partes del rostro.

Se veía en el al capitalista rural, que se da importancia porque tiene porque.

Y en efecto su fortuna iba siempre en aumento, administrada por el señor Pilet, el oráculo de los Chavarux y su verdadero bienhechor.

Pero que como decía Chavarux cuando estaba de mal humor. «Era porque no le faltaban razones para serlo.»

Y entonces miraba de cierto modo á su mujer Claudia Rognat que se encogía de hombros y torciendo la boca le decía:

—¡Bruto!... Yo he sido la que te ha creado una fortuna.

Y era verdad.

Gracias á ella habían entrado al servicio de los Caylus; gracias á ella el notario les había confiado el criar á aquella pequeñuela sin familia, sin nombre, de la cual provenía toda su fortuna.

En el momento en que el jardinero obedecía á la invitación de su mujer y se acercaba á la mesa, lanzó un grito de sorpresa:

—¡Bernardo!

Un muchachote de unos veinticinco años próximamente, vestido con un traje de pana negra, se apeaba de uno de esos enormes bicis que reinaban entonces y que las bicicletas han destronado hoy.

Colocó el armatoste al lado de la fachada y se precipitó en la cocina, abrazó á Chavarux y á su mujer, que le acogieron con la fria ternura de los aldeanos, para los cuales el dinero es el único afecto.

—¿Vienes á almorzar?— preguntó Claudia.

—Sí.

—Hubieras debido ponerme unas letras... No tengo nada...

—Lo mismo me da.  
—¿El señor Pilet te ha dado permiso hoy?  
—Sí.

El recién llegado guiñó un ojo.

—Se lo he pedido yo—dijo.

—¿Para qué?

—Para arreglar unos asuntos.

Y dirigió una mirada por toda la cocina.

—¿Os sentais ahora á la mesa?

—Ya lo ves.

—¿Y Aurora?

—Ahora va á venir... Habrá ido á dar un paseo por las ruinas... No sale nunca de allí...

—Ya sabeis que ha escrito al señor Pilet rogándole que la busque un empleo cualquiera, otro domicilio.

Claudia estuvo á punto de dejar caer el plato que tenía en las manos.

—¡No es posible!—exclamó.

—Sí, parece ser que no se divierte mucho en vuestra casa.

—¡Pero mira la hipócrita!... ¡No nos ha dicho ni palabra!...

—¿De modo que tiene ganas de abandonarnos?—gruñó Chavarux.

—Es verdad, pero hay un medio de arreglarlo todo.

Al paonunciar esta frase, que revelaba un verdadero plan, el joven del biciclo guiñó nuevamente el ojo de una manera muy significativa.

Era el hijo de la casa.

Bernardo, hijo único, el heredero de los cincuenta mil francos de los Chavarux, que con el tiempo no podía por menos de aumentarse.

Por aquella época era escribiente en casa

del señor Pilet, y más adelante aspiraba también á ser notario, si Dios le daba vida y salud.

Lo cual, al parecer, no le faltaba.

Estaba construido á cal y canto, y con una robustez capaz de durar un siglo.

Era imposible dudar al ver la anchura de sus espaldas, la solidez de aquel cuerpo, fuerte y moreno, con una estatura poco más de la ordinaria, de que era la verdadera carne de Auvernia, bien alimentada, crecida en el aire puro de la montaña; pero si la materia era buena y duradera, la figura no era hermosa; le faltaba por completo distinción.

Los vestidos y el poco cuidado de su persona, influían mucho.

Sin duda también al alma que se hallaba envuelta en el cuerpo de aquel rústico, le faltaban también las cualidades de talento y de generosidad, que son á la fisonomía de los hombres lo que un rayo de sol á los paisajes menos provistos de encantos.

Se veía claramente que los autores de aquel ser habían transmitido á su progenitura los instintos de la astucia, de la envidia, de la tenacidad, que ellos mismos poseían.

Se le veía en seguida en sus ojos chispeantes, en sus rasgos y en la oblicuidad de su mirada.

—¿Y cómo podría arreglarse eso muchacho?—le preguntó Chavarux, atacando á los vivos, que empezaban á enfriarse.

—Muy fácilmente.

—No acierto...

—¿No lo adivinas?—le interrumpió su mujer.—Con una boda.

—Naturalmente—afirmó el hijo.

—Pero—objetó el jardinero indeciso,—¿y el dote?

—Ahí está el quid. Es casi seguro que habrá uno, grande ó pequeño; ¿pero de cuánto? Ya comprenderéis que he hablado de ello al señor Pilet.

—¿Y qué te ha contestado?—le preguntó Claudia.

—Que no sabe; que no está seguro; que verá á mi madre.

—¡Ah!—exclamó el jardinero de mal humor.

—Sí, que necesita hablarla y explicarla...

—¿El qué?

—La situación... las esperanzas... He venido á propósito para daros el encargo. Tengo una idea.

—Veámosla.

—Es—dijo el escribiente bajando la voz y dirigiendo una mirada en todos sentidos para cerciorarse de que estaban solos,—que esa boda sería un negocio excelente. Esa muchacha tiene padres muy ricos... El Sr. Pilet ha recibido dinero para educarla... Ahora que ya es mujer, el padre ó la madre no dejarán de cuidarse de ella y darán una buena cantidad á aquel que se quiera casar con ella.

Claudia se sonreía como si hubiese comprendido perfectamente. Chavarux, por el contrario, movía la cabeza, rechinando por lo bajo.

El negocio no se le presentaba muy claro.

No le gustaba jugar á la lotería, se gana muy pocas veces.

Era preciso ver las cosas claras.

Chavarux no quería obrar á tontas y á locas.

Había decidido que su hijo fuera notario y los estudios se pagan con buenos escudos cantantes y sonantes.

Claudia le dejaba que dijese cuanto quisiese, pero en sus ojos se leía que estaba de acuerdo con el modo de pensar de su hijo y que ella era indudablemente la que le había inspirado aquel proyecto.

—Bernardo tiene razón—dijo colocando una mano sobre la espalda de su marido...—Los padres de Aurora son ricos, muy ricos, es casi seguro. No pueden de ningún modo dejarla en la miseria ahora que va á cumplir pronto los veinte años. No estaría bien... Ya recuerdas las prendas tan riquísimas que tenía puestas cuando nos la trajeron... Aun las conservo... Además el Sr. Pilet debe saber... No cuesta nada informarse...

Bernardo Chavarux no lo decía todo.

No era únicamente el dote entrevisto en sueños lo que le alentaba.

A su modo de ver la que en su casa llamaban la extranjera, era rica.

Estaba segurísimo de ello.

Sino que además había su persona.

Era magnífica.

En esto la opinión era unánime.

La hermosa de Aubignac.

Bernardo Chavarux era tan orgulloso como el gallo de una aldea.

Hubiera querido poder llevarla del brazo y pasearla por el parque de Vichy.

—Está bien—dijo Claudia mirando fijamente á su marido, como para hacerle comprender su pensamiento.—Iré á ver al señor Pilet y mañana mismo... Yo arreglaré las cosas con él.

UNIVERSIDAD DE MUSEO  
BIBLIOTECA

"ALF. (10)

1625 MONTEBELLO